

Reacción judía

1.

“¿Qué ocurrió? Nadie está en condiciones de responderle al niño esta pregunta. El niño se emociona, pero nadie puede calmarlo. Padres, educadores, ¿cómo podremos ayudar a nuestros hijos? Padres, no alcanza con algunas pocas explicaciones.

Ello parecerá sensible y lleno de simpatía pero no más que eso.

Podrán ayudar a vuestros hijos solo por medio de vuestro comportamiento.

Podrán traducir valores judíos y convertirlos en un modo de vida judío. Ustedes podrán estudiar nuestra lengua, nuestro rico acervo, el idioma hebreo, nuestra historia plagada de heroísmo. Pero no es suficiente con estudiar; las cosas deben convertirse en una forma de vida, y meterse en nuestra sangre. Tenemos la obligación de vivir como judíos, como pueblo, como comunidad. ¡Eduquen a sus hijos en valores! ¡Conviertan en judías a sus vidas! Den un ejemplo personal y sus hijos seguirán sus pasos.”

Martin Buber, *Jüdische Rundschau*
[periódico]. Vol. 33-34, 30.5.1933, pág. 227.

2.

“El rostro de papá estaba tenso, pequeñas gotas de sudor aparecieron sobre su frente, a pesar de que no hacía calor. Tragué saliva y recé para adentro, una nueva costumbre que adquirí para combatir el miedo. En mi imaginación los rezos encontraban el camino directamente a Dios. Le pedí en especial que cuidara a papá, porque le temblaban las manos cuando se dirigió al funcionario, y de pronto comprendí que también él tenía miedo.

“Presenté una petición hace ya tres meses, por favor, ¿podría el señor verificar?, suplicó la voz de mi padre. “Estuvimos cinco horas en la cola para ello.” [...] “Lowenthal, Lowenthal...” murmuró el funcionario, me pareció que no le iba a ser fácil librarse de nosotros si no encontraba la solicitud. Hurgó entre los papeles y después de algunos minutos sacó a relucir del fondo de la pila un formulario arrugado con la letra de mi padre y sobre el que estaban adosadas mi foto y la de Lisa.



“Aquí, Lisa y Anna”, hizo ondear el documento frente a nosotros, miró entonces las fotos y sonrió de pronto. “Bonitas sus hijas.”

Papá carraspeó, hizo una señal de asentimiento, juntó y separó los dedos con nerviosismo. Mamá le había dicho que me llevara consigo, pensando que hubiese sido menos probable que los detuvieran si estaba acompañado por una niña pequeña.

“¿Y mi hijo, Eric Lowenthal? preguntó.” Su hijo es demasiado grande para el Kindertransport”, contestó con impaciencia el funcionario. “Lo sé, pero tenemos valedores en Inglaterra, viaja para trabajar allí,” explicó papá, “queríamos que viajasen juntos.”

“¿Tiene usted exigencias! Mayores no viajan con niños. Son visados separados. Espere aquí. Papá me miró e intentó una sonrisa forzada. A lo largo del pasillo, por afuera, se apiñaban filas de personas con pedidos similares al nuestro, todos querían apurar su trámite personal.

“Es posible aprobar las solicitudes hoy mismo”, observó el funcionario al regresar, “depende de usted.” Miró a papá a la expectativa. Papá se apuró a meter la mano en el bolsillo y sacó un billete arrugado. “Por favor, extendió el billete al funcionario, “por favor”, volvió a balbucear.

“¿Eso es todo?” El funcionario no parecía satisfecho, y papá se apuró a sacar otro billete, y otro más. “Es todo lo que tengo”, suplicó. El funcionario se metió los billetes en el bolsillo y salió con rapidez en dirección a otro cuarto llevando los formularios.

[...] “Dentro de una semana recibirán la confirmación por correo.”

“¿No podría darme ahora la confirmación?, se sorprendió papá.

“¿No me tiene confianza?” se infló el funcionario y se volvió hacia la puerta gritando: “¡El siguiente!”

[...]

Salimos a la calle sombría abriéndonos camino entre la gente. La cola ya llegaba a la acera a lo largo del edificio de oficinas. Papá pasó junto a él con paso rápido sin mirar atrás. Me apuré detrás de él y enlacé mi mano dentro de la suya. Me miró como quien se da cuenta por primera vez de que había venido con él, se

detuvo de pronto en medio de la calle y me abrazó. “Recuerda que no quise hacerlo”, me musitó al oído.

Por un momento me confundí si se estaba refiriendo a ese abrazo en medio de la calle o al hecho de que nos estaba mandando en el Kindertransport.”

Shmuel, Naomi, Resisim [Astillas], Yad Vashem, Jerusalén, 2008.

3.

Martha Appel nacida Inzel

“En la primavera del año 1935, una médica judía huyó de Dortmund dejando atrás todos sus bienes y posesiones. Un día, poco tiempo después de que la Dra. Hela se fuera junto con su familia de Dortmund, fuimos invitados a casa de unos amigos. El rumbo de la conversación se dirigió, por lógica, al tema de la huida de la médica y la conversación fue enardeciéndose.

La mayoría de los hombres la juzgaron negativamente: “Una gran falta de valor por su parte fue abandonar el país cuando tenemos el deber de unificar nuestras fuerzas en contra de la opresión y del odio”.

Las mujeres se opusieron enérgicamente y estuvieron de acuerdo en que para abandonar todo, es necesario tener mucho más valor que para quedarse. ¿Para qué seguir esperando mientras nuestra vida va lentamente hacia la ruina? ¿No es mejor irse y buscar un nuevo medio de vida en otro lugar antes de que nuestras fuerzas nos abandonen debido a la tensión física y mental en que nos encontramos constantemente?

A juzgar por la ideología de los nazis y sus crímenes ¿acaso alguien puede preferir nuestra inútil permanencia en Alemania frente al futuro de nuestros hijos?

Todas las mujeres, sin excepción, opinaron de esta manera y apoyaron la huida, mientras que todos los hombres se opusieron a ella, algunos con más entusiasmo y otros en tono más moderado.

En nuestro camino de vuelta a casa continué la discusión con mi esposo. Él, al igual que todos los demás hombres, no se podía imaginar cómo puede una persona abandonar su amada patria y sus obligaciones, ¿o acaso no es éste el elemento esencial en la vida del hombre?



Dime con toda sinceridad ¿podrías abandonar todo para irte –cómo decirlo– hacia la nada?

El tono de su voz delataba hasta qué punto este pensamiento le inquietaba. 'Yo estaría dispuesta', le respondí inmediatamente, 'sí, yo estaría dispuesta' volví a repetir, 'ya que también eso significa el comienzo de una nueva vida'."

Monika Richarz (ed.), *Ezrajim al Tnai* (Ciudadanos condicionales), Instituto Bialik, Jerusalén 1993, pág. 370.



Registación de judíos para ir a Israel, 1935
Archivo fotográfico de Yad Vashem - 104B09



Una emigrante judía en Gran Bretaña, 1938
Archivo fotográfico de Yad Vashem - 1827_1